

Prosa sin prisa

La forza del destino de *Julietta Campos*

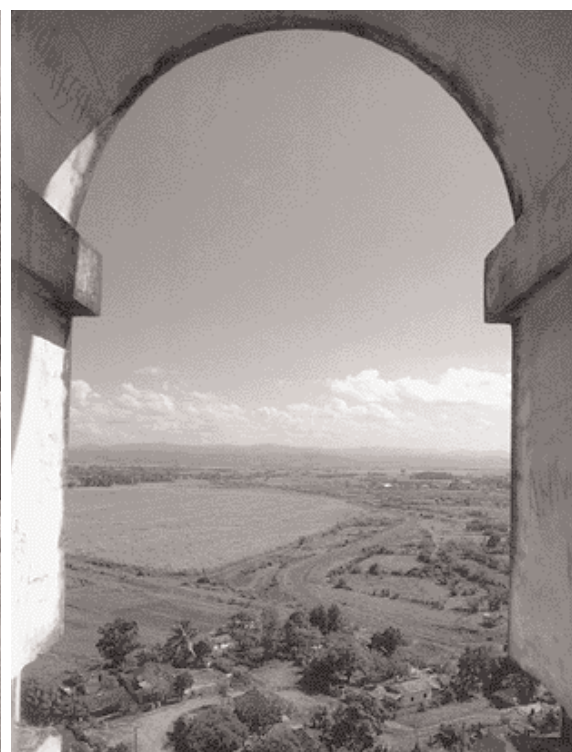
Fabienne Bradu



Pinar del Río, Cuba



Santiago de Cuba, Cuba



Torre de Iznaga, Trinidad, Cuba

Por un error de encuadernación en el ejemplar de prueba que me adelantó la editorial Alfaguara, leí las cien páginas finales de *La forza del destino* pasando y retrocediendo las hojas como si hubiera perdido el hilo del tiempo y su acostumbrada sucesión. A medida que iba acercándome a la aparición de Julieta Campos en este mundo, sentía que, por accidente, mi mano rehacía parte del camino que ella había cumplido hacia atrás para trazar un probable mapa de su destino. Reparé en el gesto porque, involuntariamente, éste se acoplaba al empeño de la narradora por recrear el pasado en una presunta línea recta, recorrida como a salto de mata de un capítulo a otro, pero que, a fin de cuenta, se desvanecía en una extraña densidad de

tiempos revueltos. *Orden y Aventura* son los términos enaltecidos por las mayúsculas de Apollinaire para nombrar los dos enigmas contra los cuales la vida sin cesar se estrella, como si vivir fuera esta oscilación sostenida por el oleaje que va y viene entre sendas escolleras. Así me imagino que habrá sido la larga travesía de Julieta Campos para recrear tantas vidas, tantas voces, que a veces se parecen a las vidas que fueron y, otras, a las que el deseo inventa para resarcir los huecos de la historia o de la memoria.

Pero, por más *Orden* y documentos que Julieta Campos acopió para apuntalar el edificio carcomido por el salitre de la distancia, nunca la abandona el asombro ante la gradación de accidentes imprescindibles

para llegar hasta este presente del que ella es, a un tiempo, culminación y permanencia. Si un solo gesto no se cumpliera, si una palabra no se dijera, por ejemplo, frente a un altar para sellar la unión entre dos antepasados, “yo —recapacita Julieta Campos—, que sigo empeñada en narrarlo todo, no estaría aquí para contarlo”. Entonces, entre la aterradora masa de peripecias, decisiones y renunciaciones, silencios y arrojos que suelen constituir la densidad de los destinos humanos, ¿cómo discernir las bifurcaciones, las leves torceduras, las sutiles rupturas, los caprichos y los deseos, la irrupción de lo imprevisible necesario para determinar un preciso y único desenlace del que parecemos ser el resultado? Arriesgando la loca ambición de recons-



Iglesia parroquial de Trinidad, Cuba

truirlo todo y apostándole a la insensata esperanza de lograrlo por efecto de saturación. Antes que una saga familiar, *La fuerza del destino* se me antoja una exhaustiva exploración, el minucioso recuento de este asombro de ser un misterioso cruce de *Orden y Aventura*.

“¿Por qué han de ser las mujeres de carne y hueso tan inquisitivas?” se pregunta José Martí en un momento de la novela, como si el escozor no se dirigiera a su Carmen sino a la creadora de *La fuerza del destino*. La respuesta podría hallarse en la herencia esencial que Julieta Campos rescata de la madeja de linajes como un hilo de Ariadna que enhebra el transcurrir de las generaciones. Desde María de la Torre, la más remota de las abuelas, la fundadora de este “osario de apellidos”, una misma carencia que es el combustible de toda empresa humana, el manantial salobre que acrecienta la sed, parece aguijonear por igual a los hombres y a las mujeres de esta familia. Así evoca Julieta Campos su origen en una de las interpelaciones a María de la Torre: “la llama de ese deseo tuyo que nunca acabó de cumplirse nos sigue habitando. A los que fuimos naciendo de ti. ¿Qué mejor herencia que ese apetito, ese andar inquieto tras lo innombrable?”. Y no es otro el motor de la vocación de Carlos de la Torre, ese entrañable e inteligente arqueólogo “en busca del gran perezo que dormita entre la neblina”, una metáfora de la Isla pero también del misterio de toda creación. Herman Broch definía al arte como “una impaciencia del conocimiento” y en Julieta Campos esta impaciencia, este apetito insaciable que la condena a la reincidencia, ese andar inquieto tras lo innombrable, paradójicamente se manifiesta en una prosa despojada de toda prisa, en una elegancia que le apuesta a la búsqueda antes que al hallazgo, porque la aventura y el riesgo de correrla siempre le han importado más que los resultados. Tiempo atrás, como si intuyera lo que ahora le descubrió María de la Torre, Julieta Campos aseguraba: “...la novela viene a ser como un mundo por añadidura, que se aposenta en los hue-



La Habana vieja, Cuba

cos que deja amenazadoramente al descubierto el mundo que nos es dado y que se construye precisamente porque existen tales vacíos y hay alguien que los advierte y que, para tolerarlos y tolerarse, debe integrar con esa sustancia de ausencias, pérdidas, olvidos, desmemoria, con esa materia precaria de lo que no es, ni ha sido o ha dejado de ser, una garantía de presencia y aun de futuro”. *La fuerza del destino* es, en este sentido, una tabla de salvación que le permitió integrar a su presente, no solamente los ríos de sangre que fueron a dar a la mar de la desmemoria, sino también la Isla secuestrada entre muros de agua y que alguna vez perteneció al continente americano.

Siempre me ha intrigado la capacidad de Julieta Campos para vivir varias vidas a la vez. “Toda vida auténticamente vivida —sostiene la autora de *Un heroísmo secreto*—, supone muchas vidas sucesivas y aun muchas vidas que se viven al mismo tiempo aunque con ritmos diversos, en tonos diversos...” En *La fuerza del destino* despliega este poder con una maestría y una astucia que verdaderamente me admiran. El lenguaje es el ancla que arraiga cada época en los registros y los géneros que le corresponden y, a la vez, es el mecanismo del juego que le permite la mimesis, la

metamorfosis, los cambios de piel para subvertir los puntos de vista y los destinatarios. A través de las voces que inventa para dar carne a estos huesos patronímicos, no solamente cede a la tentación de contarse por biografías interpuestas sino que también logra así entrelazar los distintos tiempos de la historia de Cuba. La revolución de 1959 no aparece en la novela, y sin embargo sus gérmenes y augurios están sembrados en los movimientos políticos que convulsionaron la Isla desde los albores de la independencia. Entre el “Creo que hemos llegado” de Máximo Gómez en 1902 y el “Hemos llegado” de Fidel Castro en 1959, reside la medular diferencia entre un movimiento libertario y otro que secuestró la libertad entre muros más tangibles que los míticos muros de agua. Asimismo, las palabras de Carlos de la Torre

que tampoco vivirá las hazañas de los guerrilleros barbudos suenan, a un tiempo, como una preclara admonición y un estricto diagnóstico del presente: “No caigamos, ahora que hicimos la revolución, en el bárbaro retroceso intelectual que nos obligó a hacerla...”.

“No vayas a extraviarte en ese monte, espeso y absurdo, que es el pasado”, susurra Lydia Cabrera al oído de la autora de *La fuerza del destino*. Julieta Campos atendió el consejo al tiempo que se dio a sí misma la libertad de extraviarse en las minucias de una genealogía que rebasa la historia familiar sin llegar a ser una Historia tradicional. El resultado es, como en todas las creaciones de Julieta Campos, una argamasa que promiscua las minúsculas y las mayúsculas, la historia privada y la pública, la fábula y la verdad. Quiero ver en *La fuerza del destino* el cumplimiento de una frase que Julieta Campos alguna vez aventuró: “¿Será la vida sólo ‘el permiso de conocer la muerte’? Hay que hacerlo todo y conocerlo todo antes de morir, aunque el dolor y el horror acechen y el tiempo nos sumerja en su desposesión”. **U**

Texto dedicado al libro *La fuerza del destino* de Julieta Campos, publicado bajo el sello editorial de Alfaguara en 2004.